Farmacia

Marcelo Guerrieri

FACTOTUM
EDICIONES

Farmacia

Marcelo Guerrieri

FACTOTUM
EDICIONES

Guerrieri, Marcelo
Farmacia / Marcelo Guerrieri. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2016.
136 p. ; 23 x 14 cm.

ISBN 978-987-46218-0-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© Marcelo Guerrieri, 2016

© Factotum Ediciones, 2016
Pasaje Rivarola 115 (1015)
Buenos Aires, Argentina
www.factotumediciones.com
info@factotumediciones.com

Coordinación editorial: Victoria Villalba y Renata Cercelli
Diseño de maqueta: Marco Alberto Guerra
Composición de interior: Hugo Pérez
Composición de tapa: Renata Cercelli
Foto de tapa: Shutterstock
Retrato del autor: Florencia de la Vega
Corrección: Bettina Villar

ISBN 978-987-46218-0-1

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Antes de las siete

Sonaba el teléfono. Marisa pesó en la báscula doscientos gramos de bicarbonato de sodio; escribió "Anestesiante alcanforado" en un papelito, lo pegó en el envase. El teléfono dejó de sonar.

Cuando abrió la heladera no le sorprendió para nada encontrar una hamburguesa a medio comer. Nadie le hacía caso cuando decía que la heladera del laboratorio era para mantener remedios, que para guardar comida estaba la heladera de la cocina. Lo que buscaba –el emulsionante– lo encontró detrás de una lata de gaseosa.

Echó cien centímetros cúbicos en el mortero. Estaba revolviendo con la espátula cuando el timbre de la calle sonó a sus espaldas.

Guardó el preparado en la heladera y salió del laboratorio hacia la recepción. Luego de cruzar el largo pasillo desembocó en la parte de adelante, en el salón de ventas, vacío, iluminado apenas por la luz que venía de la calle. Desde la vereda, un chico le hacía señas con el brazo.

Se acercó hasta la reja que dividía la calle del interior. Estaba a medio metro del chico pero separada de él por los barrotes y el vidrio detrás.

El chico alzó la mano y Marisa pudo ver la palma. Tenía un tajo largo y profundo con costrones de sangre pegados a los dedos.

–¿Qué te hiciste?

–Necesito agua oxigenada y curitas –respondió el chico y acercó aún más la mano hasta tocar el vidrio del lado de afuera. Marisa observó más en detalle: era una herida de hacía apenas unos minutos, por la sangre aún fresca; no había riesgo de hemorragia pero sí de infección, por lo profundo de la herida.

–¿Estás solo?

–…

–¿Con qué te lo hiciste?

–Un accidente.

Marisa alternó su mirada entre los ojos negros y la herida.

–Andá al Evita. Ahí en la guardia te van a curar…

–No hace falta.

Le dio la espalda y cruzó el salón de ventas. Del dispenser del mostrador tomó una caja de curitas y la pasó por el lector de barras; la impresora largó el ticket.

–Agua oxigenada no me queda. ¿Con cuánto pagás?

–¿Cómo no queda? Es una farmacia o qué...

–No me queda. ¿Con cuánto abonás?

El joven alzó un billete. Recién entonces Marisa abrió la ventanita de los turnos: descorrió el rectángulo de vidrio pequeño y, estirando la mano entre los barrotes de la reja, tomó el billete. Luego entregó la bolsa con las curitas y el ticket y cerró la ventana:

–Vas a tener que ir al Evita, primero hay que desinfectar. La curita no sirve de nada si no desinfectás primero. –Pero esto último lo dijo a nadie: el chico ya se alejaba, puteando, por la avenida desierta.

Escuchó el teléfono que volvía a sonar, allá lejos, en el fondo, en el laboratorio.

Parada en medio del salón de ventas, miraba una esquina del techo: el televisor sin volumen, puesto en el canal Encuentro, el de los documentales; pensó que habría quedado ahí desde el día anterior, porque ese canal solo lo elegían Amalia o Aníbal.

En la pantalla, un grupo de aborígenes mapuches bailaba en ronda. En el centro, un morocho grandote

saltaba descalzo sobre unas piedras. Era una danza intensa, y los golpes de las plantas de los pies sobre las rocas la impresionaron: si sigue pataleando así, se va a hacer un tajo, le va a sangrar, es así, saltan, se lastiman, son así… Tomó el control remoto y cambio a TN, el canal de las noticias.

El teléfono dejó de sonar.

Ahora le daba la espalda a la calle y miraba hacia el mostrador desde el salón de ventas; pensó que así era como veían la farmacia los clientes: Nada, no ven nada, se dijo, segura de que lo más importante estaba más allá de esa pared de estanterías que separaban la parte de adelante: una vez pasado el mostrador, el pasillo largo que desembocaba en la recepción; y más atrás, al fondo, el laboratorio, la oficina administrativa, la cocina, los vestuarios.

Atravesó el pasillo hasta la recepción y se sentó en la silla de Aníbal: una silla cómoda, con respaldo reclinable, codiciada por todos durante el día, cuando la farmacia no es esa calma nocturna sino un hervidero de teléfonos que resuenan en un salón de ventas siempre lleno: afiliados de prepagas que se creen con el derecho de que los atiendan antes, viejos de PAMI siempre quejosos, patovicas que buscan anabólicos, nenes que lloran a los gritos, embarazadas que hay que atender primero, preparados especiales, enfermos, médicos, vendedores de laboratorios, repartidores de laboratorios, despachantes de hierbas medicinales, parientes de empleados de la farmacia que vienen a buscar remedios con descuento…

Marisa imagina todo eso, echada hacia atrás, mirando desde la recepción el pasillo largo que se pierde hacia la parte de adelante, hacia el salón de ventas; allá lejos, el televisor parpadea sobre los remedios en penumbras.

Da una vuelta en la silla giratoria y prende la computadora. Juega un solitario; gana la máquina. Juega otro. Vuelve a ganar la máquina.

Suena el teléfono.

Entra al laboratorio y en vez de atender se sienta en el taburete frente a la ventana que da al jardín del fondo. Corre el vidrio. A través de la reja con rombos mira el cielo nublado. En la oscuridad previa al amanecer, las plantas del jardín son bultos negros que ese viento caliente de mediados de diciembre mueve apenas.

El inalámbrico sigue sonando a su lado, entre el mortero y la balanza.

Atiende y cuelga.

Toma el paquete de cigarrillos. Saca uno. Lo enciende. Da una pitada corta y larga el humo a través de los barrotes. Como si fuera un cenicero, apoya el cigarrillo en un vértice del rombo de hierro.

En el edificio de al lado acaban de encender una luz y entonces una parte del jardín se le muestra un poco: el pasto, cortado al ras, se pierde en la oscuridad del fondo; los helechos, contra la pared del costado; la rosa china, el árbol de quinotos. La luz del edificio vuelve a apagarse.

Recostada sobre los codos aspira y siente el olor de las medialunas que le llega desde la panadería. El aire tibio que le da en la cara la hace pensar en el fin de año, las fiestas, las vacaciones... Hace cinco años que no se toma vacaciones; y aquella vez se había tomado solo dos semanas. Además, había ido a la farmacia, de visita, casi todos los días: Entraba a eso de las diez, saludaba a todos y se instalaba en el laboratorio a copiar en el libro foliado los remedios oncológicos. Decía que hacía añares que el libro no se actualizaba y que si había inspección de la ANMAT iban todos presos; que después, cuando empezaba el año, no había tiempo para nada.

Cuando terminaron las vacaciones, en vez de llegar a las diez, volvió a llegar a las siete; y en lugar de tomarse dos horas para almorzar, volvió a sus habituales veinte minutos (a la hamburguesa sobre la mesa del laboratorio charlando con Aníbal o Roberto, o con alguno de los vendedores que llegan hasta el fondo a tomar un mate escapando del infierno del salón de ventas).

Hizo el cálculo mental: con la antigüedad, más las vacaciones no gozadas, ese año le tocaba casi un mes completo.

El timbre de la calle sonó a sus espaldas. Dio una pitada corta y largó el humo a través de los barrotes. Rápidamente apagó el cigarrillo. Sacudió el aire con la mano. Tiró la colilla al jardín y echó desodorante de ambiente.

Volvió a sonar el timbre:

–Ya va, ya va. –Iba por el pasillo, arreglándose el delantal, acomodándose el pelo. La sorprendió ver a Aníbal esperando en la vereda:

–¿Qué tal?

–¿Cómo andás? –respondió y cerró la puerta con llave.

Aníbal fue directo al control remoto que estaba sobre el mostrador. Cambió al canal Encuentro y subió el volumen:

–Quedó de ayer –explicó, señalando tres bandejas cargadas de remedios–. Si no las guardo antes de las siete después no hay tiempo para nada. –Y fue a sentarse en su silla en la recepción.

–Un embole –se quejó Marisa y volvió a cambiar al canal de las noticias– ¿Tomás mate?

–Dale –respondió él y movió el mouse.

La pantalla oscura se iluminó de golpe mostrándole el final de un solitario. Empezó un juego nuevo.

Allá lejos, en el televisor al final del pasillo, se anunciaban las noticias de las cinco; sin dejar de ver el monitor donde Aníbal jugaba al solitario, Marisa repetía los titulares por lo bajo: intento de robo, muerto en tiroteo…

–Hace un rato vino un pibe con una pinta.

–¿Pusiste el agua para el mate?

–Ahí voy.

Ya en la cocina, Marisa buscó en la bandejita de plástico sobre la mesada donde acumulan los aderezos que sobran de las comidas. Entre cantidad de pequeños sachets de mayonesa, mostaza y kétchup encontró

un sobrecito de azúcar sin abrir. Llenó el mate con yerba hasta la mitad, salió de la cocina y volvió a la recepción.

Cebó uno y lo dejó sobre la mesa de la computadora, cerca del mouse que Aníbal movía con espasmos; y en la pantalla una carta se sumaba a un pilón, se descorría otra:

–Ahora empiezo. –Señaló las bandejas con remedios, dio una chupada al mate y se quedó mirando la pared donde colgaba un almanaque con la foto grandota de una gata y su gatito. Alguien –seguramente Roberto– había escrito con marcador rojo en el recuadro del día de la fecha, lunes 14 de diciembre de 2009: "entrega PAMI, cierre Osecac, recibos sueldo".

Pero Aníbal no miraba las inscripciones sino a la gata de la foto, que habían apodado Wanda y sobre la que hacían todo tipo de bromas con doble sentido.

Sonó el timbre de la calle.

–Roberto –supuso Marisa y se largó al pasillo manoseando el llavero.

Ni bien entró, la saludó con un beso corto en la boca.

–Está Aníbal –avisó ella.

Roberto chasqueó la lengua:

–¿Qué mierda tiene que hacer a esta hora?

–No le digas nada. No está bien.

–¿Y quién está bien? No lo defiendas. El hijo de puta sabe.

–Igual me vino –mintió.

–Cartón lleno –respondió Roberto–. Esta pelotudez –replicó, señalando la imagen del canal de los documentales que Aníbal había vuelto a poner mientras Marisa calentaba el agua para el mate. Cambió al canal de las noticias y bajó el volumen hasta silenciarlo.

–¿Cómo va? –le largo a Aníbal, mirando hacia el fondo a través del pasillo.

–¿Qué tal?

Marisa y Roberto se inclinaron sobre el mostrador mirando hacia la avenida desierta.

–¿Muchos clientes?

–Pocos.

Marisa tenía los ojos puestos en el monitor donde el menú de opciones decía "ingrese código de barra o número de troquel". Pasó un colectivo por la avenida.

–¿Para cuándo vas a pedirte vacaciones? –preguntó ella.

–¿Vos?

Marisa movió la cabeza y alzó los hombros:

–¿Tomás mate?

–Traje medialunas. Y el diario.

Atravesaron el pasillo hasta la recepción donde Aníbal seguía frente a la computadora. Roberto se sentó a la mesa que estaba cubierta de remedios para guardar. Desplegó el diario.

Marisa siguió de largo hacia la cocina y enseguida volvió con un mate nuevo.

–¿Qué se cuenta?

–Lo de siempre –respondió Roberto tomando el mate que Marisa le ofrecía–. Hoy vence PAMI, cierra Osecac y encima tengo que imprimir los recibos de sueldo.

–Yo vine a adelantar laburo –comentó Aníbal y giró en su silla dejando la computadora en un solitario recién terminado–. Después de las siete no hay tiempo para nada.

Aníbal abrió el paquete de la panadería y agarró una medialuna de grasa:

–¿Y Wanda qué dice? –preguntó, señalando a la gata del almanaque.

–Querendona La Wanda –respondió Roberto, cruzó la recepción y se metió en el laboratorio.

Marisa se dio envión para seguir a Roberto pero Aníbal la sostuvo del brazo y le ordenó:

–Se lo decís vos o se lo digo yo.

La respuesta de Marisa fue un gesto mezcla de negación y cabeceo, un sacudirse del cuello de costado. Cebó en el mate de Aníbal. Se lo devolvió. Dio media

vuelta y siguió a Roberto hacia el laboratorio, cargando la pava.

Sentado en el taburete, Roberto miraba hacia el jardín:

–Estuviste fumando otra vez –señalaba la colilla sobre el pasto.

Marisa dejó la pava al costado del teléfono. Abrió la heladera y tomó el preparado que había dejado a medio hacer. Arrastró la silla y se sentó frente a la mesa de trabajo:

–Cebá vos –ordenó y se puso a revolver el preparado con la espátula de aluminio.

Tomó de la estantería un gotero de vidrio y soltó diez mililitros que fue dejando caer gota a gota, contando en voz baja.

Roberto buscó en su camisa y sacó un paquete de cigarrillos. Encendió uno y dejó el paquete sobre la mesada.

–Tené cuidado de largar el humo para afuera, que después a la que reta el Señor Osvaldo es a mí.

Los codos apoyados sobre los rombos de la reja, Roberto fumaba mirando hacia el jardín; la luz del sol, apenas asomado, le daba al pasto y a las plantas un toque gris. Un pájaro grandote, de pecho marrón, picoteaba alrededor de la colilla apagada:

–En los treinta años que llevo acá, nunca pisé ese jardín.

–¿Es del edificio?

–No. Es de la farmacia.

–¿Quién lo mantiene?

–Un jardinero que manda el Señor Osvaldo. Siempre viene cuando la farmacia está cerrada. Acá nadie lo conoce.

–¿Y la llave?

–La tiene el Señor Osvaldo. –Roberto señalaba el panel en la pared. Marisa dejó lo que estaba haciendo y observó el tablón de madera: oficina, laboratorio, pasillo, adelante, techo, baño, vestuario hombres, vestuario damas,

cocina, sótano, salita, jardín: esta última era la única llave que faltaba.

–¿Y si es el jefe el que corta el pasto y arregla las plantas?

Roberto se rio soltando un ronquido a la altura de la garganta:

–Imagínatelo al Señor Osvaldo entre las plantas...

–Necesito sacar un listado –interrumpió Aníbal desde la puerta.

–Ahí voy –contestó Roberto, sin darse vuelta, mirando para afuera: aunque no podía ver el cielo (el techito de la galería le tapaba la visual), por el tono apagado que iluminaba el pasto, se le ocurrió que estaría nublado. Capaz hasta lloviera cerca del mediodía.

–Hablaste con tu mujer –le soltó Marisa, de golpe.

El teléfono empezó a sonar; Roberto se llevó una mano a la nuca –el anular y el índice tironeaban un mechón canoso–; sobre el teléfono que sonaba, Marisa insistió, un tono más arriba:

–¿Hablaste?

–…

–¿Qué habíamos dicho de las vacaciones?

–Michita...

–¡Michita, las pelotas! Ya estamos en diciembre y todavía no le dijiste nada...

–Nos tomamos las de invierno, a Brasil, allá siempre hace calor.

–¿Cuándo le vas a decir?

–Después de las fiestas.

–¡Esta semana!

Roberto tiró el cigarrillo hacia el jardín y salió del laboratorio. Conteniendo un grito, Marisa alzó la vista hacia el reloj de pared y depositó en esa imagen toda su ira. El cansancio de la noche en vela le bajó de golpe.

Tomó un frasco de aromatizante, echó un poco dentro del preparado y revolvió con el mezclador de aluminio. Leyó el nombre del cliente en el cuaderno de

los pedidos: lo escribió con marcador en el adhesivo y subrayó "Anestesiante".

Miró por la ventana: allá lejos, pegada a la pared del fondo, la enamorada del muro lo tapaba todo; de tanto verla se había olvidado de que era una planta; parecía una pared verde al final del jardín.

Tomó la llave de la salita. Salió del laboratorio y cruzó la recepción donde Roberto escribía en el teclado sentado en la silla de Aníbal; y Aníbal, de pie a su lado, esperaba la impresión del listado del laboratorio.

Cuando Marisa apareció en el salón de ventas, una docena de ancianos que hacían cola en la vereda se arremolinaron frente a la puerta. Uno levantó una receta y golpeó el vidrio de la entrada con la palma abierta.

–Está cerrado, abuelo.

El viejo insistió con el llamado; hubo otro golpe en la vidriera y luego otro. Pero a esta altura Marisa ya estaba maniobrando con la llave para abrir la puerta de la salita, donde un cartel anunciaba y advertía: "Solo inyecciones y presión - No es consultorio médico - No insista".

Abrió la puerta y se largó sobre la camilla angosta. Pero enseguida estaba gruñendo, tratando de sacarse de encima el tensiómetro que se le había clavado en la espalda. Como la manguera se le enredaba en el brazo tuvo que girar todo el cuerpo para poder librarse del aparato, que tiró sobre la silla.

Entonces quedó boca arriba, frunciendo la cara, largando unos gemidos a la altura de la garganta; estaba incómoda, de costado, de cara al panel blanco que tenía pegado a la nariz.

En la avenida resonaban los motores de los autos, las charlas de los viejos, la campanilla del teléfono desde el laboratorio, muy lejos.

De pronto no sintió nada. Y se quedó dormida.

–Ahí va –anunció Roberto levantándose de la silla y se metió en el laboratorio. Aníbal quedó solo en la recepción. Fue hasta el salón de ventas y cambió al

canal de los documentales. Volvió corriendo a la recepción porque la impresora ya largaba su listado. El papel a medida que se imprimía se enrollaba y volvía a entrar por el rodillo. Por eso se apuró a tomarlo y sostenerlo desde un extremo.

Alzó la vista y miró el televisor a lo lejos. Un grupo de aborígenes reclamaban por sus tierras con pancartas y bailes frente al Palacio de Justicia. La escena le llamó la atención: bien vestidos, esta impresora de mierda, ¿indios con celulares?, este quilombo, ¿justicia?… Hubiera querido saber qué decía el locutor, pero el televisor estaba con el volumen en cero y lo único que escuchaba era el machaque que largaba la impresora: unos chillidos, separados por mínimos silencios, a lo que se sumó la campanilla del teléfono desde el laboratorio.

La puerta de la salita se abrió de golpe:

–¡Podés apagar esa impresora de mierda! –gritó Marisa y volvió a cerrar la puerta.

El teléfono dejó de sonar. Aníbal atravesó el pasillo hasta el salón de ventas y se plantó frente a la puerta de la salita:

–¡Abrime!

–¡Apagá esa impresora!

–Abrime.

Al verlo llegar, varios ancianos habían empezado a castigar el vidrio de la entrada.

Marisa abrió la puerta y se quedó de brazos cruzados:

–No entrés.

–Le decís vos o le digo yo.

–Te creés que es fácil.

–¿Cuándo?

–Después de las fiestas –propuso, intentando tomarle la mano. Pero Aníbal la rechazó:

–Hoy –respondió, secamente–. Antes de las siete. O le digo yo. –Y salió disparado hacia la entrada donde los viejos no paraban de golpear el vidrio. Gritó a través de la ventanita hacia la calle:

–¡La farmacia abre a las siete! Hasta esa hora no vamos a atender a nadie. Por favor respeten. ¡Y déjense de pegarle al vidrio!

Entonces apareció un señor de traje y corbata, cargando un maletín. Se plantó frente a la reja y preguntó:

–¿Están de turno?

Los viejos se quejaron porque se disponía a atenderlo.

–La farmacia está de turno –le contestó a los viejos–, para los clientes particulares. Pero los recetarios de PAMI se atienden recién a partir de las siete. ¡Antes de las siete no se atiende a nadie de PAMI! ¡¿Está claro?!

Hubo un silencio corto que enseguida se llenó de quejas. Aníbal le dijo al tipo del maletín, con tono subido, para que los otros también escucharan:

–¡La misma historia todos los días!... ¿Qué va a llevar?

–Agua oxigenada.

–¿Algo más?

–No. Nada más.

Aníbal cerró la ventanita de vidrio y agarró un frasco de agua oxigenada del dispenser del mostrador. Pasó el envase por el lector de barras, metió el ticket y la compra dentro de una bolsa de plástico y fue hacia la puerta. Un chico, que llevaba la mano vendada, le decía algo al señor del maletín. Al ver que Aníbal se acercaba, el pibe de la mano vendada le largó:

–A ver, vos... ¿Por qué mierda hoy no me quisieron vender agua oxigenada?

–Calmesé que no sé de qué me habla. Y cuide el tonito que yo no le falté el respeto…

El del maletín tomó la palabra:

–Disculpe, me gustaría charlar con la mujer que lo atendió esta madrugada…

–¿Para qué?

El joven mostró una credencial donde Aníbal leyó que era abogado, de un instituto contra la discriminación.

Estaba por preguntar qué tenía que ver eso con la farmacia cuando el joven le dijo:

–Quería charlar con ella. Es que hoy a la madrugada, no sabemos por qué, aquí al joven le negaron el agua oxigenada. Seguramente ha sido un error, con una aclaración basta...

–Mire, yo no sé de qué me está hablando, pero no estoy para perder el tiempo. ¿Va a llevar el agua oxigenada o no la va a llevar?

En ese momento apareció Marisa; el chico de la mano vendada empezó a los gritos:

–¡Es esa!, ¡esa es la que me atendió!

–Calmesé o llamo a la policía –lo amenazó Aníbal.

Pero el joven había perdido el control; gritando, pateaba la vidriera. Algunos jubilados, sin entender bien lo que pasaba, también golpeaban el vidrio aprovechando la oportunidad para largar su propia bronca.

Marisa se había refugiado detrás de Aníbal que llamaba a la policía desde su celular; Roberto, que había venido corriendo desde el laboratorio, acababa de aparecer en el salón de ventas cuando el del maletín logró calmar al pibe sacudiéndolo y diciéndole por lo bajo algo que los de adentro no llegaron a escuchar.

Mientras tanto, los viejos, arengados por el descontrol creciente, descargaban en golpes contra el vidrio todo el odio acumulado a lo largo de años de maltrato. El pibe y el abogado desaparecieron, pero ahora los ancianos eran una andanada de puñetazos y patadas; y los golpes no paraban de crecer: no golpeaban con fuerza pero eran muchos; el vidrio más grande, medio suelto en una esquina, se sacudía cada vez más fuerte. Cayeron dos pedazos de vidrio sobre las baldosas.

–¡Ey! ¡Paren!

Sin hacer caso a los gritos de Aníbal, los viejos seguían castigando el vidrio que se rajó en una punta.

–¡Basta!

Pero los viejos no pararon: retumbaban las palmas pesadas contra el vidrio, hasta que lo desprendieron de

cuajo y se reventó, astillándose en mil pedazos sobre el salón de ventas.

Los viejos se quedaron atónitos.

Hubo un silencio corto y enseguida una masiva retirada entre cuchicheos sordos.

Aníbal reaccionó:

–¡Vengan! ¿¡A dónde van!? ¿¡Quién va a pagar el vidrio!? –Le pidió la llave a Marisa, para agarrar a alguno de los viejos antes de que se escaparan todos.

Pero Marisa no reaccionaba.

–¡Las llaves! –repetía Aníbal– ¡las llaves! –Y le revisaba los bolsillos.

Cuando finalmente la encontró, abrió la reja y saltó a la vereda. No quedaban ni rastros de los viejos.

Puteando, volvió a entrar. Iba corriendo hacia el pasillo cuando resbaló con los vidrios y cayó de espaldas:

–¡Aníbal! –gritó Marisa y se le echó encima–. ¿Qué te hiciste?

–Me corté, me corté –repetía sacudiéndose en el piso, desparramando astillas con riesgo de cortarse más.

–Pará, calmate –aportó Roberto y lo levantó del piso.

Marisa corría por el pasillo hacia el fondo:

–Acá, acá, traélo al laboratorio.

Marisa le estiró la mano sobre la pileta, abrió la canilla y empezó a limpiarle la herida:

–Mirá lo que te hiciste. Es re profunda.

–No es nada... ¡Ay! Pará. Me hiciste doler…

–Menos mal que no era nada. No te quejés, que tengo que ver si no te quedó ninguna astilla adentro.

Sonó el teléfono. Roberto atendió y colgó:

–¿Y ahora qué hacemos?

–¿Cómo qué hacemos? Hay que curar a Aníbal. No ves cómo sangra. Por qué en vez de quedarte ahí no vas a limpiar los vidrios, que tenemos menos de media hora antes de que empiecen a llegar todos. Y cuidate de no cortarte vos también.

Sonó el timbre de la calle. Los tres se miraron.

–Si es la policía, le decimos que no sabemos qué pasó –propuso Aníbal–. Tenemos que ganar tiempo hasta que tengamos claro qué le vamos a contar al Señor Osvaldo...

–¿Qué le contamos al Señor Osvaldo? –replicó Marisa–. Fácil: Que no sabemos qué pasó, que estábamos todos acá en el fondo, y que de pronto escuchamos vidrios rotos allá adelante, y que cuando llegamos al salón de ventas ya no había nadie...

–Bueno. Pero después me explican qué mierda está pasando –respondió Roberto y salió del laboratorio.

–Mirá lo que te hiciste. –Marisa pasaba una gasa con agua oxigenada por la herida–. Tuviste suerte. No hay vidrio adentro.

–Una desgracia con suerte –aceptó Aníbal y le dio a Marisa un beso en la boca. Un beso que ella recibió y prolongó en esa caricia maternal sobre la mano, en esos cuidados en la herida. Le tomó el brazo y lo apoyó sobre la mesada. Le echó un polvo cicatrizante y sopló. Una nube blanca cayó sobre la pileta.

–Era la policía –anunció Roberto que acababa de entrar al laboratorio–. Pero ya está. Se fueron. No hay denuncia hasta que alguien vaya a la comisaría... –Y se quedó en silencio, de brazos cruzados:

–Ahora cuenten qué mierda está pasando.

Marisa se apuró a contestar:

–Un pibe, con una pinta de chorro tremenda, vino a comprar agua oxigenada y curitas a las cuatro de la mañana. Tenía la mano llena de sangre, un tajo profundo, y yo pensé que a las cuatro de la mañana, solo, con esa pinta y esa herida, seguro que se había lastimado queriendo saltar una reja... Para probarlo, le dije que se fuera al Evita, que ahí lo iban a curar. Me dije: si es chorro, seguro que no va a querer ir al hospital, porque después si hay una denuncia el tipo puede quedar marcado. Bueno, resulta que me dijo que no, que no quería ir al hospital. Entonces le vendí las curitas pero no le vendí el agua oxigenada, le dije que no había…

–¿Y por qué no le vendiste?

–Pobre de vos, mirá si me quemé las pestañas estudiando para curar a los chorros.

–Pero por qué volvió el pibe, y quién era el otro, el que lo acompañaba, el de traje y corbata.

–Ese me pidió agua oxigenada –arrancó Aníbal–. Cuando se la llevé, dijo que quería hablar con Marisa, y qué se yo cuántas pelotudeces más. Cuestión que este del traje parece que es abogado de un instituto o algo así, que defienden a estos pibes, y fue ahí cuando Marisa (ahí estuviste rápida vos), para zafar, le dijo que al otro no lo había visto nunca. Cuestión que el pibito empezó a golpear el vidrio y después, de metidos, y de al reverendo pedo que están, y de la bronca que nos tienen de toda la vida, los viejos de PAMI también se pusieron a golpear el vidrio como locos hasta que lo hicieron saltar a la mierda.

–Está bien: ¿pero qué le decimos al Señor Osvaldo?

Los tres se quedaron callados. La impresora chirriaba desde la recepción su machaque insoportable.

–No digamos nada del pibe chorro –propuso Roberto–. Al final, los que rompieron el vidrio fueron los viejos.

–Sí. Pero si decimos que fueron los viejos, entonces el Señor Osvaldo nos va a preguntar por qué no los paramos. Y por qué no tenemos el nombre de ninguno.

–A mí me da miedo ese pibe...

–No va a decir nada. Fijate que él también entró a pegarle al vidrio: así que vos, con nosotros dos de testigos, tranquilamente lo podés denunciar por amenazas. Fijate que por algo salió disparando con el otro.

–Además –aportó Aníbal–, ¿qué prueba tiene de que no le quisiste vender el agua oxigenada? Ninguna. Es tu palabra contra la suya.

El teléfono empezó a sonar; los tres miraron el aparato sobre la mesada. Aníbal atendió y colgó. Marisa alzó la vista hacia el reloj en la pared:

–¡Las siete menos diez!

En diez minutos llegarían todos. No había forma de limpiar ese desastre. Ni siquiera sabían qué versión dar sobre los hechos.

Sonó el timbre de la calle.

–Yo limpio.

–Yo te ayudo –propuso Marisa y siguió a Roberto.

Aníbal cruzó la recepción y el pasillo. En el salón de ventas vio a varios viejos que hacían cola en la vereda.

–¿Qué pasó? –preguntó uno, señalando los vidrios rotos.

–Nada, abuelo.

Marisa y Roberto aparecieron cargando baldes y escobas y empezaron a recoger los vidrios más grandes.

–¿A qué hora abren?

–A las siete.

–Ya son.

–No moleste, abuela. No ve que estamos juntando vidrios rotos.

El ruido metálico de la llave en la cerradura hizo que los tres levantaran la vista a un mismo tiempo.

El Señor Osvaldo entró y cerró la reja a sus espaldas.

Llevaba un sobretodo gris que le llegaba hasta las rodillas; un paraguas previsor colgando de su mano izquierda, el portafolios de cuero negro en la derecha.

El teléfono empezó a sonar, allá lejos, en el laboratorio.

–Yo atiendo –anunció Marisa. Se acercó al teléfono del mostrador, lo conectó y levantó el tubo:

–Farmacia, buenos días.

Callado y quieto, el Señor Osvaldo observaba a sus empleados con impavidez severa. Recorría los rostros, uno por uno; ahora el piso lleno de vidrios astillados. Abrió la boca, pero no dijo nada.

–Buenos días –lo saludaron a destiempo Aníbal y Roberto, desde el piso, sin dejar de juntar vidrios.

El Señor Osvaldo respiró profundamente, se acomodó el pelo y alzó la barbilla. Dio dos pasos firmes hacia el mostrador. Abrió la puertita y pasó al otro lado.

Marchando con la vista alzada, fija al frente, caminó hasta donde el mostrador hace una ele. Tomó el control remoto. Como ya estaba puesto en el canal de las noticias, en vez de cambiar, subió el volumen. Y se perdió por el pasillo hacia el fondo.

Roberto arrastraba hacia la calle los dos baldes que habían llenado con los vidrios más grandes; Marisa y Aníbal juntaban en bolsas de consorcio los pedazos más chicos.

Roberto estaba por abrir la puerta de calle cuando se escuchó el chillido de Lucía que llegaba desde el otro lado de la reja. Encasquetada tras un par de anteojos negros, entró y se desplomó sobre la silla, a un costado del mostrador:

–¿¡Qué pasó!?, ¡el vidrio!, ¿qué...?, ¿y el Señor Osvaldo?

–En la oficina.

–¿Qué dijo?

–Nada.

Se levantó de golpe y se colgó la cartera al hombro. Pasó al otro lado del mostrador. El teléfono empezó a sonar:

–Farmacia. ¡Sí! ¡Llegué bien! Pero acá... Un desastre… Nada. Explotó el vidrio… No sé: un tiro, un piedrazo, una bomba… No sé… ¡No sé! ¡Te digo que no sé!

Colgó. Levantó los anteojos negros y le dedicó al salón de ventas una mirada de terror que pasó de largo por sobre sus compañeros de trabajo. Se volvió a calzar la cartera y se perdió por el pasillo hacia el fondo.

En la vereda, Aníbal interrogaba a los viejos, tratando de dar con alguno que hubiera participado del incidente.

El teléfono empezó a sonar. Atendió Marisa:

–Ya le paso... Ahí va. –Colgó y marcó el interno de la oficina.

Los ancianos se quejaban por la hora. Un par golpearon la reja, que en la parte donde faltaba el vidrio era lo único que separaba a la farmacia de la calle.

El teléfono del mostrador volvió a sonar, pero ahora con tres timbrazos seguidos de un silencio, lo que anunciaba que en el interno al que lo habían derivado no habían atendido la llamada.

–Señora, su hija debe estar ocupada. Vuelva a llamarla más tarde.

La mujer del otro lado le largó una queja. Marisa iba a marcar otra vez el interno de la oficina cuando apareció Lucía en el salón de ventas y empezó a los gritos:

–¡El Señor Osvaldo dice…! ¡Hasta que lleguen Lara y Amalia, Roberto que atienda por la ventanita de los turnos! ¡Aníbal, vos seguí limpiando! ¡Y vos, querida –le anunció a Marisa, señalándola–, el Señor Osvaldo quiere hacerte unas preguntas!

Dirigiéndose a los otros dos, agregó:

–A ustedes también los va a ir llamando. Quiere la versión de cada uno por separado.

–Tu mamá –anunció Marisa, extendiéndole el teléfono.

Lucía se bajó a los ojos los anteojos negros que tenía calzados en la frente:

–Sí, un desastre… El Señor Osvaldo está haciendo las averiguaciones… Algo raro… –Tapó el teléfono con la mano y le dijo a Marisa–: Andá yendo. Yo me quedo acá.

Del otro lado de la reja resurgieron los reclamos y alguien le dio una palmada a la parte en la quedaba el vidrio sano. Roberto lanzó un grito desaforado hacia la calle:

–¡Ni se les ocurra golpear el vidrio!

Caminó hasta el mostrador y se plantó frente a la ventanita de los turnos. La abrió despacio, y con tono suave, a través de los barrotes, dirigiéndose a la primera de la cola, preguntó:

–¿Qué deseaba, abuela?

–Ahí dice, señor –le respondió la mujer y le entregó una receta.

–Pero qué pena...

Roberto se rascaba la barbilla:

–No se lo voy a poder vender –concluyó de golpe, mirando a la mujer a la cara–. Resulta que el médico se olvidó de ponerle la fecha de prescripción. Va a tener que ir a que se la completen. –Le devolvió el papel y dijo hacia la cola:

–Siguiente.

La mujer se quedó quieta con el papel en la mano ahora apoyada en el bastón que hasta ese momento había descansado sobre la vidriera. El cliente que venía atrás dudaba entre entregar la receta o esperar a que la vieja se corriera.

–¿Y eso qué es?

–La fecha de prescripción es la fecha en que la atendieron, abuela.

–Fue ayer... No, anteayer: el sábado a la mañana…

–Siguiente –repitió Roberto y le hizo una seña al que venía detrás: un anciano desenvuelto, de remera floreada y bermudas.

–Se vino veraniego, abuelo.

La anciana insistió:

–Necesito los remedios... ¿No lo puede llenar usted? La fecha, le digo que fue el sábado, este que pasó…

–¡Nooo! –se indignó Roberto–. ¿Cómo vamos a hacer eso?: sería falsificación-de-documento-público –explicó, mientras estudiaba en detalle la receta del viejo de las bermudas–. Además, si en PAMI ven que los datos están escritos con diferente letra, nos rebotan la receta. Es una pena, abuela, a mí me duele más que a usted, pero va a tener que volver a ir al médico.

La mujer miró hacia el salón de ventas, buscando ayuda: Aníbal juntaba vidrios con una palita de plástico; Lucía, de brazos cruzados, era una estatua de anteojos negros que no se sabía para dónde miraba. La anciana se corrió hacia la parte sin vidrio y empezó a llamar a Lucía a través de la reja:

–Señora, señora...

Pero Lucía era la indiferencia personificada, con dos enormes óvalos negros en lugar de ojos.

–Señora, señora...

En la cola se multiplicaban las quejas: Uno solo atendiendo; todo el día vamos a estar; ¿y usted, por qué no atiende?

–¿Que yo atienda? –se indignó Lucía.

Desde la cola le llovieron los insultos.

–Yo no atiendo al público. Soy de la administración.

Sobre las quejas, que no paraban de crecer, el gruñido de la anciana del bastón sonaba lejano. Entonces reapareció Roberto frente a la ventanita:

–Abuelo, hay un problema –se lamentaba, mostrándole al anciano de las bermudas dos cajas de medicamentos–. Este remedio viene por 250 y por 300 miligramos. El médico se olvidó de aclararlo. Es una pena. Pero así no se lo voy a poder vender.

–Bueno, entonces lo llevo particular.

–Mire que es un remedio caro.

–Ya sé. No importa. Démelo igual. El de 250.

–¿Sabe qué? Hay otro problemita.

Roberto volvía a rascarse la barbilla, con un gesto de pesar infinito, mirando la receta fijamente:

–Este remedio sale con receta obligatoria. La receta que usted me trajo no aclara los miligramos. Así que no se lo puedo vender ni siquiera de manera particular. A mí me duele más que a usted, pero…

El anciano manoteó la receta y se lo quedó mirando.

–Siguiente –anunció Roberto.

Pero ahora toda la atención estaba puesta en la anciana del bastón que se retorcía en el piso.

–Alguien que llame una ambulancia –pidió uno–. Si vamos a esperar a que estos hijos de mil puta se ocupen…

–Cuidado el tonito –replicó Roberto–. Y fíjese lo que dice, que yo no le falté el respeto.

Frente a la puerta de entrada se plantaron Lara y Amalia, con una doble mirada de asombro:

–¡Se reventó el vidrio!

–¿Qué pasó?

–Después les cuento...Vengansé derecho a atender...

Amalia y Lara saludaron de lejos a Lucía. Aníbal, desde el piso, dijo buenas y las chicas se acuclillaron para saludarlo. El teléfono empezó a sonar.

Amalia dejó sobre el mostrador la cartera de lona que traía:

–Farmacia, buenos días… De parte de quién… A ver… espere. –Tapó el tubo con la mano y le preguntó a Lucía, en voz baja–: Es para el Señor Osvaldo. De la compañía de seguros.

Lucía asintió con la cabeza.

Amalia marcó el interno de la oficina. Tomó la cartera de lona, se miró en el espejo, al costado de la balanza, y siguió a Lara a través del pasillo.

Cruzaron la recepción vacía y entraron juntas al laboratorio:

–Viste –anunció Amalia acomodándose la vincha elástica–. Marisa está en la oficina, re seria con el Señor Osvaldo.

–No. No la vi.

–Ahora, cuando pasemos, mirá –se entusiasmó Amalia–. Pero no te parés. Mirá de costado. Pasamos de largo rápido y vos relojeás.

A través del vidrio de la puerta de la oficina, Lara pudo ver que el Señor Osvaldo hablaba por teléfono; Marisa, de espaldas, se acomodaba el pelo.

Amalia salió disparada hacia el salón de ventas; Lara se quedó sentada en el asiento tomando aire. Después fue hasta la recepción vacía y se plantó frente al marcador de tarjetas.

Mientras buscaba la suya entre la de sus compañeros, se dio cuenta de que, además de Amalia, ni Roberto ni Aníbal se habían acordado de marcar.

Sacó su tarjeta y la metió en el aparato que estampó la fecha y la hora con un sonido seco. Después hizo lo mismo con la tarjeta de Amalia.

El teléfono empezó a sonar en el laboratorio.

A la mañana

Sonaba el teléfono sobre la mesa de trabajo. Marisa entró al laboratorio y atendió:

–Farmacia. Sí… Le paso con el sector ventas… Ahí le van a decir…

Marcó el interno y colgó. Inclinada hacia adelante, se miró en el espejito redondo que tenía colgado a un costado de la pileta. No le gustó para nada lo que veía: los ojos rojos y la cara con ese brillo grasoso por la noche en vela.

Tomó la llave del vestuario. Al salir del laboratorio vio al Señor Osvaldo que venía desde el pasillo seguido por Aníbal.

Entró al vestuario, descolgó su cartera del gancho y enseguida salió. Cerró la puerta con llave y volvió al laboratorio.

Al pasar frente a la oficina miró de costado a través del vidrio: el Señor Osvaldo fumaba echado hacia atrás en su sillón; de Aníbal vio solo la espalda: seguramente decía alguna cosa porque movía la cabeza y sacudía los brazos.

Desde el laboratorio le llegaba otra vez el repique del teléfono. Pero ahora no era la campanilla que anunciaba llamada entrante sino los tres timbrazos cortos que indicaban que en el salón de ventas no habían atendido la derivación de la llamada.

FACTOTUM
EDICIONES

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www. factotumediciones.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

Factotum es una editorial independiente con base en Buenos Aires que apuesta por ediciones cuidadas de obras de ficción escritas por autores latinoamericanos contemporáneos. Nuestros lectores disfrutan de la literatura que ficciona y recrea los grandes temas actuales de nuestras comunidades.

Factotum propone un universo de historias que nos reflejan o nos invitan a asomarnos a mundos ajenos, pero cercanos. Libros que abren las puertas del erotismo, la violencia, las relaciones de pareja y familiares, el humor y la desesperación.

¿Nos acompañan a atravesar el paraíso y el infierno de nuestra sociedad?

Factotum Ediciones @factotumed